

PRESENTACIÓN DEL MONOGRÁFICO

La revista “Tendencias Pedagógicas” aceptó el reto de proponer a la comunidad científica un número monográfico dedicado al nuevo estudiante en el Espacio Europeo de Educación Superior. El resultado es lo que el lector tiene ante sí, que podría caracterizarse por su variedad de enfoques, problemas de investigación, ángulos de tratamiento e incluso de filiación científica de los autores. No nos ha sorprendido. Todo ello nos informa de un hecho: el avance en complejidad y en conciencia del conocimiento pedagógico, en esta ocasión sobre el estudiante universitario y todo lo que con él se relaciona.

La Pedagogía es la ciencia cuyo objeto de estudio es la educación y la enseñanza. En buena lógica debería ser, pues, una ciencia de referencia para todo docente e investigador de la didáctica de cualquier nivel educativo, desde la Educación Infantil a la Universitaria y sin solución de continuidad. La universidad de nuestro entorno –que, aunque se diga lo contrario, nunca ha sido sede de la ‘educación superior’- ha sido agujoneada desde hace unos pocos años por el proceso de Bolonia. Esta punción ha espabilado una parte de ella –la didáctica universitaria- que tenía relegada, abandonada. Y finalmente, de mano de algunos investigadores que la han reconocido como un campo apasionante, se ha levantado. Pero una cosa es levantarse y otras mantener el equilibrio, caminar o saber a dónde se está yendo y a dónde se puede ir.

Levantarse y empezar a caminar para estirar los músculos y la personalidad de lo que antes era rígido y rancio es un acto de responsabilidad. El sentido del camino sólo lo da la conciencia; en nuestro contexto, sobre la enseñanza, el aprendizaje formativo y la formación. Al estar en la universidad, esta apertura debería ser natural y estar saturada por la duda y el anhelo de conocimiento. Pero, en general, ¿ocurre así? Todavía no. Y las circunstancias no acompañan. Debemos recordar que, salvo excepciones, el profesor universitario nunca tuvo formación inicial de carácter pedagógico aplicado. Paradójicamente, este disparate social casi sólo ocurre en esta profesión. Como consecuencia de esta formación inexistente o diluida el docente de la universidad se puede fijar en el alumno, en la institución, en las condiciones de trabajo, en la metodología didáctica, en los recursos didácticos, etc. Pero poco en sí mismo.

Pero en los mejores casos, deja de andar por andar hacia adelante y aplica aquella responsabilidad a su interior, y al interiorizarse, busca esa formación profesional, adquirida por tanteo y ensayo, y quizá se cultive, lea, colabore, indague, intercambie experiencias, investigue sobre la enseñanza, etc. Por eso en la universidad que conocemos hay dos grandes clases de

profesores: unos más conscientes -los inquietos y renovadores- y otros más egocéntricos -los apoltronados y rancios-.

También cuando éramos estudiantes universitarios podíamos distinguir entre varias clases de profesores. Por un lado estaba la mayoría, cuya instrucción era un automatismo. Había otros, más profesionales, que desarrollaban su enseñanza como una forma de hacer. Y en tercer lugar estaban aquellos cuya didáctica era sobre todo “una forma de darse” (Félix E. González Jiménez). Con más frecuencia los del tercer grupo, que eran muy pocos, lograban que sus estudiantes aprendieran a preguntarse (María Zambrano) mientras se formaban. Cuando éramos estudiantes universitarios, hace unos treinta años, pocos profesores no pedagogos investigaban sobre la enseñanza universitaria, el aprendizaje formativo, la formación del profesorado universitario o el alumno universitario. Los estudiantes no lo sabíamos, y apenas lo valorábamos por ignorancia, por falta de conciencia. En aquellos años, nosotros éramos los ‘nuevos estudiantes’ de la nueva universidad. Hoy algunos de esos son los ‘nuevos profesores del Espacio Europeo de Educación Superior’, y una cohorte de jóvenes con un presente y un futuro más difíciles, ha ocupado ese lugar. Ellos son, a la postre, el referente y el motivo de este número de “Tendencias Pedagógicas”.

En la universidad, como en cualquier árbol, sólo hay cambio: movimiento, nacimiento y muerte. Mientras haya universidad, siempre habrá nuevos estudiantes y nuevos profesores e investigadores, coexistiendo con los viejos. La fotografía de hoy no debe confundirse solamente con un estadio o con una fase de desarrollo, porque no es una fotografía. Es un fotograma de un film con un sentido, en un contexto social y educativamente desorientado, que debe servir para evaluar y preguntarnos qué estamos haciendo y qué estamos construyendo quienes formamos parte de la institución del conocimiento en una sociedad cada vez más inmadura y de pensamiento más débil.

Hoy más que nunca –como siempre se dice- es preciso ser conscientes de que los estudiantes son tejido potencial de la sociedad de mañana. Exigirse y dar lo máximo en cuanto a formación, desde la mayor responsabilidad y conocimiento, y pedir lo máximo al nuevo estudiante: éste es, quizá, uno de los versos del sistema de ecuaciones de la universidad de pasado mañana. Pero no hay cambio exterior sin cambio interior en la docencia. La investigación sobre el nuevo estudiante en el EEES aborda, al menos, parte de lo exterior de lo interior. Es mucho y a la vez muy poco lo que se ha hecho, sobre todo teniendo en cuenta que en el proceso de Bolonia el estudiante universitario no ha sido precisamente uno de los tópicos recurrentes. Desde todo ello hay que continuar avanzando, no tanto desde el sinsentido del ‘haciendo camino al andar’ machadiano, sino utilizando la conciencia como brújula para contribuir a la evolución humana desde la del conocimiento.

Agustín de la Herrán Gascón